

des vigas que se cruzaban entre una y otra orilla, sujetas por una inmensa cadena de hierro, y contra esta fuerte barrera apoyábanse una fragata y varias galeras colocadas de modo que pudieran romper un nutrido fuego sobre cualquier buque que intentara forzar el paso. Este era en verdad un obstáculo insuperable para los buques ingleses que tenían que atravesar por allí para dirigirse á Albania. El fuerte Independencia se hallaba á cinco millas mas allá de aquel sitio en una eminencia situada en la parte opuesta del rio, y el fuerte Constitucion una milla mas lejos, en una isla cerca de la orilla oriental. Peekskill, cuartel general del jefe que mandaba en el Hudson desde Kins Bridge hasta Albania, estaba un poco mas arriba del fuerte Independencia, en el mismo lado. El general Putnam era jefe de ambos puntos.

El día 5 de octubre Clinton desembarcó en Verplank's Point, algo mas abajo de Peekskill, en el mismo rio, y al saber Putnam que el enemigo trataba de apoderarse del fuerte Independencia, atravesando por Highlands en direccion á Albania, retiróse á las alturas con su retaguardia, y sin sospechar cuál seria el verdadero punto de ataque, descuidó reforzar las guarniciones de los fuertes.

La flota británica habia avanzado por el rio á fin de ocultar en lo posible el desembarque de las tropas, y en la tarde del dia en que Clinton llegó á Verplank's Point, embarcóse este jefe con mas de dos mil hombres, dejando á los demás para que guardasen aquel punto. A la mañana siguiente el general volvió á desembarcar en Stony Point, y se puso inmediatamente en marcha por las montañas, en direccion á los fuertes, á pesar de que los caminos eran muy malos y peligrosa la empresa, puesto que un corto destacamento convenientemente situado hubiera podido fácilmente detener su marcha

causándole graves pérdidas. Clinton sin embargo se acercó á los fuertes sin ser descubierto, mas al poco rato encontró una patrulla que se dispersó inmediatamente para dar la voz de alarma. Ambos fuertes fueron atacados al mismo tiempo: el de Montgomery cayó bien pronto en poder de los ingleses, pero casi toda la guarnicion se escapó, aprovechando la oscuridad y gracias á su gran conocimiento del terreno. El fuerte Clinton, aunque se resistió obstinadamente, quedó al fin destruido, y la mayor parte de sus defensores fueron muertos ó quedaron prisioneros. Tan pronto como Putnam oyó el fuego, quiso enviar un refuerzo á la guarnicion, mas no pudo conseguirlo. En aquel combate perdieron los ingleses unos ciento cincuenta hombres y los americanos el doble de este número.

Viendo los americanos que los buques de guerra que allí se hallaban no podrian escapar, les pegaron fuego para impedir que cayesen en poder del enemigo, y las llamas, segun dice Stedman, apoderándose de las velas que estaban desplegadas, las convirtieron bien pronto en magníficas pirámides de fuego, cuyo reflejo iluminaba así las aguas como la falda de la montaña opuesta, en tanto que los cañones, descargándose al contacto del elemento abrasador, atronaban el espacio con su ronco estampido. Aquella sublime é imponente escena terminó al fin con una terrible explosion, y luego todo volvió á quedar en la mas densa oscuridad. Al romper el dia, la flota se puso á trabajar activamente para destruir los obstáculos que interceptaban el paso del rio, y poco despues vióse precisado á rendirse el fuerte Constitucion, quedando así espedito el camino que conducia á Albania. Los ingleses destruyeron todo cuanto cayó en su poder y luego se embarcaron con direccion á Esopo, bonito pueblo que sin la menor consideracion redujeron á cenizas. El

porque, en vez de aquel inútil vandalismo, no avanzaron los ingleses hasta Albania para atacar la retaguardia de Gates, fué un problema que nadie acertó á resolver, pues si lo hubieran hecho así, es muy probable que Burgoyne habria salido de su apurada situacion.

Todos estos desmanes cometidos precisamente cuando Gates guardaba las mayores consideraciones con Burgoyne y su ejército, aumentaron el resentimiento y encono de los americanos, cuyo comandante en jefe escribió al general inglés Vaughan, una enérgica carta que terminaba de este modo: «¿Es así cómo los generales del rey esperan encontrar partidarios de la causa real? Sus crueldades producen un efecto contrario, pues la Independencia se funda en el disgusto general del pueblo. La fortuna de la guerra ha puesto en mi poder generales mas antiguos y entendidos que Vaughan, y si éste llegara algun dia á encontrarse en la situacion de ellos, entonces no habria poder humano que pudiera salvarle de la justa venganza de un pueblo ofendido.»

Cuando el ejército inglés abandonó á Ticonderoga, componíase tan solo de unos diez mil hombres sin contar los indios, pero por los incidentes de la guerra quedóse reducido á unos seis mil cuando tuvo lugar la rendicion. El general Gates contaba entonces con nueve mil hombres de tropas continentales y cuatro mil de la milicia, disponiendo además de un magnífico tren de artillería compuesto de cuarenta piezas de distintos calibres, y de todas las armas y bagajes de las tropas. No siéndoles posible conservar los fuertes de los lagos, los ingleses destruyeron las obras de Ticonderoga y sus alrededores, y despues de arrojar la artillería pesada al agua, retiráronse á la isla de las Nueces y á la de San Juan.

Tal fué, dice Botta (*), la desgraciada suerte de la expedicion inglesa en las orillas del Hudson. Habíase emprendido con gran confianza en el éxito, pero los obstáculos fueron tan formidables, que aquellos que en un principio esperaban obtener los resultados mas brillantes fueron las primeras víctimas, en tanto que los que concibieron temor encontráronse luego con grandes ventajas. No hay duda que si el plan se combinó hábilmente, como así creemos, no se procedió cuando menos con prudencia para llevarlo á cabo, pues debe tenerse presente que el éxito dependió por completo de los comunes esfuerzos de los generales que mandaban en los lagos y de los que dirigian las operaciones en el Estado de Nueva-York. Pero lejos de obrar de concierto, cuando el uno avanzaba, el otro retrocedia; al obtener Carleton el mando de los lagos, Howe, en vez de subir por el Hudson hácia Albania, marchó con sus tropas á Nueva-Jersey, avanzando luego sobre el Delaware, y cuando mas tarde entró Burgoyne triunfante en Ticonderoga, embarcóse Howe para llevar á cabo su expedicion contra Philadelphia, siendo el resultado de todo esto que el ejército del Canadá se viese privado del auxilio que esperaba de Nueva-York.

Inmediatamente despues de la victoria de Saratoga, Gates cuyo deber era comunicar la noticia al comandante en jefe, descuidó esta formalidad y envió á su ayudante de campo Wilkinson para comunicar al Congreso tan fausta nueva. Al ser introducido en la Cámara, el enviado pronunció estas palabras: «Todo el ejército británico ha rendido las armas en Saratoga; el nuestro espera vuestras órdenes lleno de valor y de confianza, y vuestra sabiduría resolverá si el

(*) *Historia de la guerra de la Independencia*, por Botta, vol. II, pág. 328.

país necesita aun de nuestros servicios.» El Congreso aprobó un voto de gracias al general Gates y á su ejército, y Wilkinson fué nombrado en el acto brigadier general, disponiéndose además de esto que se regalara al jefe americano una medalla de oro que se acuñaría espresamente en conmemoracion de tan gloriosa victoria. En un lado de aquella hallábase el busto del general con estas palabras al rededor: HORACIO GATES, DUCI STRENUO: y en el centro, *Comitia Americana*; en el reverso representábase á Burgoyne entregando su espada, y en último término los dos ejércitos de Inglaterra y América; en la parte superior leíanse estas palabras, *Salus regionum septentrion*, y al pié: *Hoste ad Saratogam in deditioe accepto*. Die XVII Oct. MDCCLXXVII.

La bondad y consideraciones con que los americanos trataron á los vencidos es digna del mayor elogio. Los enfermos y los heridos fueron cuidados con el mayor esmero é hizo todo lo posible para que los oficiales ingleses y las tropas reconocieran que los vencedores eran tan generosos como bravos. El general Schuyler se hizo notable sobre todos por su magnanimidad, y tanto es así, que la baronesa Reidesel hace en su diario los mayores elogios de la finura y cortesía con que la trató á ella misma así como á los demás. «Algunos dias despues de esto, dice la baronesa, llegamos á Albania, aunque no como vencedores, segun esperábamos, y allí fuimos recibidos por el *buen general Schuyler, su esposa é hijas*, que nos trataron como amigos, dispensándonos las mayores atenciones, así como tambien al general Burgoyne, que poco tiempo antes habia hecho quemar la magnífica casa del general americano. En una palabra, condujéronse como personas generosas que estaban dispuestas á olvidar *nuestras injurias* en presencia de *nuestras*

desgracias. El general Burgoyne quedó admirado de la nobleza de Schuyler y le dijo: «Os mostrais muy bondadoso conmigo cuando tanto daño os he hecho.»—«Esos son los percances de la guerra, replicó aquel hombre valeroso, no hablemos mas de ello.»

Burgoyne marchó luego á Boston y se le trató muy bien, pero al poco tiempo suscitáronse varias dificultades porque el Congreso no se conformaba con la perspectiva de que los soldados ingleses se marchasen á Inglaterra para que luego viniesen otros; y así es que aprovechándose de varios pretextos mas ó menos fundados, rehusó por último consentir en el embarque de las tropas (*). No nos toca á nosotros decidir, dice un notable historiador, sobre si eran fundados ó no los temores del Congreso, y nos abstendremos tanto de condenar la imprudencia de Burgoyne como de ensalzar la prudencia ó desconfianza del Congreso, porque es lo cierto que en aquellas disensiones civiles y personales resentimientos, las apariencias se convertian á veces en realidades y la probabilidad en demostracion. Por esto, en aquella época, los americanos se quejaban amargamente de la perfidia de los ingleses, y estos de la mala fe de sus contrarios (**).

(*) Véase la *Vida de Washington*, por Marshall, vol. I. págs. 230-232

(**) Al hablar de este asunto un escritor inglés se espresa en los siguientes términos: «Las tropas quedaron detenidas en Massachusetts y fueron luego enviadas al interior de Virginia, no habiéndose concedido á nadie la libertad sino por el canje. El objeto del Congreso era evidentemente retener prisioneros á cinco mil hombres para que no tomaran parte en la guerra, pero los medios que se emplearon para llevar á cabo este propósito fueron deshonrosos y rebajaron la dignidad del Congreso. La honradez es la mejor política, tanto para las naciones como para los hombres, y la conducta de los americanos en aquella ocasion, mas bien fué la de unos mezquinos traficantes que la de un pueblo noble y poderoso. Algunos de los motivos que se alegaron para justificar semejante medida eran falsos y otros carecian de fundamento, teniendo todos por objeto perjudicar el buen nombre y reputacion de los ingleses. A cualquier hombre le es muy fácil acusar á su vecino de malas intenciones, si tiene algun interés en deshonrarle.»

APÉNDICE AL CAPÍTULO III.

PROCLAMA DE BURGOYNE.

El caballero Juan Burgoyne, teniente general de los ejércitos de S. M. en América, coronel del regimiento de dragones de la Reina, gobernador del fuerte Guillermo en la Bretaña del Norte, representante de los Comunes de Inglaterra, y jefe del ejército y flota empleados en la expedicion del Canadá, etc., etc.

Las fuerzas confiadas á mi mando deben obrar de concierto y en defensa del mismo principio con los numerosos ejércitos y flotas que ya operan en todos los puntos de América, á fin de auxiliarme en la mision que vengo á desempeñar, administrando la debida justicia y concediendo perdones en nombre del rey, cuando se solicitare esta gracia.

La causa que ahora defienden las armas inglesas afecta á los mas grandes intereses, y los servidores de la Corona, llamados al principio con el solo objeto de restablecer los derechos de la Constitucion, se ocupan ahora, en nombre de su país y conforme á lo dispuesto por el soberano, en el arreglo de otras cuestiones relacionadas con los privilegios generales de la humanidad. Apelamos al buen criterio de la parte sensata del público, y sobre todo á la opinion de los muchos que sufren en las provincias, para que se nos diga si la actual rebelion no se funda en el sistema mas completo de tiranía, que Dios ha permitido para castigar á una generacion, que con tenaz insistencia lucha para defender una causa injusta.

Las prisiones arbitrarias, la confiscacion de los bienes, los tormentos que se hacen sufrir á varias victimas, son otras tantas enormidades palpables que se cometen á cada paso por las Asambleas y Comités, que aun se atreven á proclamarse amigos de la libertad, y de todos estos abusos son victimas los súbditos mas pacíficos, sin distincion de edad ni sexo, por el solo crimen, ó á veces por la sospecha, de haberse adherido al gobierno que reconocieron desde un principio, y con el cual le ligan los mas sagrados lazos. Para consumir estos indignos actos, se profana la religion y se tolera la inmoralidad; las conciencias de los hombres

se ponen á precio, y á muchos se les obliga no solo á empuñar las armas, sino tambien á favorecer una usurpacion que aborrecen.

Animado por estas consideraciones y hallándome á la cabeza de un poderoso ejército, modelo de valor y disciplina, resuelto á castigar cuando fuere necesario, ó á conceder perdones si se solicitaren, invito por la presente á todas las personas que se hallen donde llegue mi ejército, á que observen una conducta que justifique la proteccion que deseo dispensarles. El objeto que me propongo es atender á la seguridad de todos, no cometer depredaciones en el país, y á cuantos quieran contribuir á la gloriosa obra de libertar á sus conciudadanos, que se hallan en las prisiones, restableciendo el gobierno legal que ha de reportar tantos beneficios, yo les ofrezco mi apoyo, y encontraré medios para auxiliarles en su empresa. Los habitantes pacíficos, los industriales, los ancianos, todos en fin hallarán en mi proteccion con tal que permanezcan tranquilos en sus casas, que no permitan que se les traslade su ganado y que se destruyan sus campos, que no rompan los puentes ni obstruyan los caminos, ni cometan por último directa ó indirectamente ningun otro acto que entorpezca las operaciones del ejército del rey para favorecer al enemigo.

Cuantos víveres se traigan á mi campamento serán pagados á un precio razonable y en moneda contante.

Confío en que no será desatendida esta invitacion con que mi señor os prueba su clemencia, y al dirigirme á vosotros, quisiera poder espresarme en términos mas persuasivos. Sentiré sobre todo que el pueblo mire con indiferencia la presente, al reflexionar que se halla muy distante de mi campamento, pues debo advertir que me basta destacar las fuerzas indias, considerablemente numerosas, para que se apoderen de los rebeldes enemigos de la Gran Bretaña y América.

Si á pesar de mis exhortaciones y buenos deseos, continuaran mostrándose hostiles aquellos á quienes me di-